









—Y estas flores! —dijo Margarita indicando la escalinata.— Son tulipanes y rosas; no son las que yo he visto en mi país.

—Es efecto, amigo mío.

—¡Aquí tienen tantos libros y partituras... nuevas... que aun me voy haciendo haris oír!

—Seguramente.

—Y yo te leeré por las noches lo que te agrade.

—¿Cuan digno sois de mi afecto, Enrique!

—(Marga Margarita!)... ¿Es decir, que esto salio de tu corazón?

—Muchoísimo.

Tanto mejor; pero me no lo habeis visto todo.

—De veras?

—Siguiente y veréis.

Marga Margarita, y Renaud la llevó al invierno donde que comunicaba con la sala en que se encontraban.

Verdadero jardín de invierno. Las plantas más raras y las flores más bellas en las macetas se multiplican las paredes de cristal, sobre las que al estacionarse caían persianas de flexible juncos que proyectaban en el interior una agradable sombra.

En el centro se veia un estanque cuyo surtidor irguiase en forma de columna superiormente con la caída de miradas de gotas brillantes como pedras de cristal; gran variedad de peces nadaban perreosamente al movimiento de sus indolentes aletas.

Una gran jaula cristal contenía todo cuanto la ornatozoología humana puede apreciar en su género: desde el flamboyante plumaje y las argucias encantadoras de los loros hasta las graciosas en pájaros de mar.

Algunas estratuzas se descubrian entrelos mazoncos desahogado su tono mate sobre los múltiples colores de las aves y las flores.

En fin, el mobiliario, compuesto de objetos ricamente tallados de mármol, ofrecia perfecta comodidad, invitando al reposo y al descanso.

Margarita, al bajar los pocos escalones que comunicaban al invierno con el salon, no pudo contener un grito de sorpresa.

—¿Oh! qué cosa tan magnífica!

—¿Estais contenta?— le preguntó Renaud.

—Que sí lo estoy! ¡Si es un verdadero Paraíso!

Después de haberme he podido para agradecer; solo me quedaba preguntar una cosa, y es que, habiendo convertido mi taller en un gabinete que te destino y que luego vieras, pienso hualtar allí mi mesa de trabajo.

—Es una excelente idea.

—Entonces puedo contar con que, mientras yo trabajare, tú me harás compañía.

—Siempre.

—Gracias porque á tu lado tiene que la inspiración será más viva, que un nuevo ardor se recordará de mi corazón y mi espíritu; que en el curso de mis inventares maravillosos, y cuando mas tarde alguno de ellos fuese elevado a monumento, contemplando al